

Colaboración directa desde Nueva York

«Esta música comercial...!»

Todos los que leísteis mi anterior artículo creeréis que soy un entusiasta del estilo Dixieland. Pero no es así, ya que prefiero las cosas modernas, y Kenton, Reaburn, Gillespie y muchos otros, demasiado numerosos de mencionar, son los que a mi verdaderamente me gusta escuchar. Me preguntaréis... ¿Por qué, entonces, te mostraste tan contento por el renacimiento del Dixieland? Es porque el público se está tomando interés por alguna forma del jazz.

Para los que estáis tan alejados de mi país os parecerá extraño oír de mí que el jazz y la música comercial han sufrido una gran degeneración durante los últimos años. Quizás no os explicaréis porque siendo un neoyorquino, con muchas oportunidades de ver y escuchar a todas las orquestas y solistas, no os hago leer más que una dura crítica de la escena musical de esta ciudad.

Sí, es verdad... Estoy criticando el famoso Broadway porque rehusa contratar a las grandes orquestas, lo mismo que antes de la guerra. En primer lugar, quiero hacer saber que todo lo que se puede escuchar en buenas orquestas es en el «Bop City» y en el «Birland» night-clubs. Las actuaciones de grandes conjuntos por los teatros de la ciudad son muy limitadas. La orquesta de Duke Ellington, que todo el mundo conoce como la mejor de todos los tiempos, todavía no ha dado ningún concierto en los escenarios de Nueva York. Únicamente ha actuado en salas de baile y en el «Bop City». Las orquestas que se pueden escuchar con más regularidad, son las que sus componentes, además de manejar varios instrumentos, también interpretan su papel como comediantes. Muy pocas han sido las que, compuestas en su totalidad por músicos de color, han desfilado por N. Y. C., aparte de los night-clubs mencionados anteriormente y el teatro Apollo.

¿Diferencias? «Posiblemente». Os preguntaréis: Y ¿Qué hay de la televisión? ¡Sí! ¿Qué hay de ella? Aquí también son las orquestas arrevistadas las que consiguen todos los contratos y, por lo tanto, son muy escasas las actuaciones de verdaderos jazzmen en programas de televisión. También me preguntaréis acerca de las emisoras de radio diciendo: Seguramente se pueden escuchar muchos programas con buenas orquestas». Siento desilusionaros, amigos, pero la radio también ofrece muy poco en lo que se refiere a música de jazz. Aun en los programas de los mundialmente famosos *disc-jockeys*, escasamente se escucha jazz, ya que la mayoría han degenerado de tal manera que no ofrecen al público otra música que las azucaradas melodías de última hora. En N. Y. hay (o mejor había) tres buenos programas de discos en lo que a *disc-jockeys* se refiere: Ted Husting's «Bandstand» (con preferencia a las grabaciones del trompeta Dixielander, Will Bill Davison), Fred Robbins (que ofrecía un buen repertorio hasta que los propietarios del programa le obligaron a tocar melodías de última hora) y el popular Symphony Sid con un programa bastante bueno, pero empieza a las 12 de la noche, hora en la cual todos los trabajadores como yo estamos en lo mejor de nuestro sueño.

«Vamos, vamos Andy, no nos dibujes la escena del jazz neoyorquino de esta manera tan áspera... «Seguramente las compañías discófilas, cuyo interés es ofrecer



Para desvirtuar a quienes mil veces han dicho que el jazz, o en lo que se refiere al jazz, sólo es cuestión de ver fotografías de rostros pardos, insertamos hoy este alisé de una por cierto interesante trombonista, de la cual, si bien no damos el nombre, ni el de la orquesta, basta ya para demostrar que eso de los rostros pardos es de una inexactitud aplastante.

Desde luego, no aseguramos que sea famoso este músico femenino. Pero sí que por lo menos aseguramos que en el jazz, ya sea puro o comercial, no todo ha de ser negro estrictamente. En fin, nosotros mismos nos damos la enhorabuena por poder rebatir a los herméticos con esta foto.

toda clase de música porque su fortuna depende de ello, también deben publicar alguna cosa para los amantes del verdadero jazz». De nuevo siento tener que deciros la verdad. Las compañías de discos no se ocupan en ofrecer jazz, si se compara con la gran producción de novedades y melodías azucaradas que tiran al mercado todos los meses.

«Entonces, ¿quién es el culpable de tal depresión? ¿Los músicos?, ¿las compañías de discos?, ¿la radio?, ¿la televisión?, ¿los teatros? Debe haber alguien a quien podamos culpar. Pero... ¿Quién?, ¿quién?».

¿Quién? ¡Todos ellos! Incluso nosotros los aficionados, tenemos la culpa de la degenerada atmósfera jazzística que nos rodea. No vemos nada bueno en el estilo Dixieland si somos modernistas y viceversa si somos «mouldy figs» (puristas). ¡Esta es la única razón lógica! Los músicos tampoco admiten que el estilo de jazz interpretado por otros sea interesante. El uno critica el esfuerzo de otros y viceversa. ¿Por qué? ¿Es que no podemos reconocer el hecho de que todos los estilos de jazz tienen su mérito? Creo que al escoger la clase de jazz que nos gusta interpretar o escuchar deberíamos ser reservados y conservar nuestro secreto personalmente. ¿Qué diferencia hay si Heddy Lamar es mi ideal femenino y el tuyo es Lana Turner? Básicamente es lo mismo. ¡Ambas son realmente estupendas! Lo mismo ocurre con el jazz: Unos prefieren el estilo bebop, mientras otros prefieren escuchar a los Dixielanders... ¡Por Dios! Dejemos de criticar el esfuerzo de los demás, ya que todo es jazz más o menos puro.

Así es, amigos míos, porque yo, un modernista, me he sentido satisfecho con el actual renacimiento del Dixieland. ¡Todo el jazz es bueno! Es únicamente cuestión de preferencia personal.

ANDREW E. SALMIERI